

da que también había sido dispuesta para Miaja y Casado, es buena prueba de hasta qué punto sabía que no contaba con la confianza de gran parte del ejército.

Con preludio en los acontecimientos de Cartagena de la noche anterior, el 5 de marzo se emitió en Madrid, ante los micrófonos de Unión Radio, el manifiesto de creación del Consejo Nacional de Defensa, integrado por miembros de todos los grupos que hasta entonces habían apoyado a la República, con excepción de los comunistas. Ante la fuerza de los hechos ni Negrín ni los dirigentes del PCE pensaron en resistir, pero no ocurrió así con varios jefes de las unidades militares situadas en torno a Madrid, que se lanzaron a la reconquista de la capital dando lugar a una semana de intensos combates contada por el autor de forma magistral, y con gran aportación de documentos. En total, y según sus cálculos, hubo 233 muertos y 564 heridos, cifra que nos parece más verosímil que la manejada en otras obras, que la multiplican por 9 (o incluso por 90, lo que sin duda es una errata por parte de los primeros que lo afirman).

Era evidente que en tal situación de caos no podía continuar una contienda que empezó con un golpe militar dirigido contra la supuesta amenaza comunista, y cuyo final se anticipó por otro golpe militar, esta vez contra el ya real predominio comunista.

La primera versión de esta obra, una tesis doctoral defendida en la Universidad CEU San Pablo, se denominaba “la sexta columna”, remarcando así la idea defendida en el libro de que fue esta “sexta columna”, la división interna de los antifascistas, la que llevó al fracaso a la España republicana. Un listado nominal de 909 víctimas de estos enfrentamientos internos, a los que hay que añadir otros 91 sin nombre, hacen un total de 1.000 muertos en disensiones internas, aunque los muertos son sólo uno de los efectos de la división existente, que perjudicó gravemente muchas operaciones militares.

En suma, una obra de referencia obligada y de lectura muy conveniente para comprender una de las razones principales del triunfo nacional durante la contienda de 1936-1939.

ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA

Antonio M. MORAL RONCAL, **El general Concha, una espada liberal en las guerras carlistas**, Madrid: Ministerio de Defensa/BOE, Colección Adalid, 2014, 390 páginas. ISBN: 978-84-9781-949-7.

Quizá este sea un excelente momento para el resurgir del género biográfico, especialmente referido a los grandes protagonistas del siglo

XIX y más concretamente a militares de la talla de un Prim, un Narváez, un Diego de León -según podemos ver en el mercado editorial- e incluso

de un Ramón Cabrera desde el lado legitimista, pues completaría la Historia militar y política de España. En nuestro caso, la atención va dirigida al general Manuel Gutiérrez de la Concha, primer marqués del Duero, cuyo biógrafo es el profesor Antonio Moral Roncal, titular de Historia contemporánea de la Universidad de Alcalá. Este hecho ya de por sí es una de las máximas garantías por su probado rigor histórico, imparcialidad y capacidad de discernimiento, basado en un muy nutrido acopio documental, combinando de forma equilibrada la vocación por la historia con un amplio sentido de lo racional. Estas atribuciones no son gratuitas al ser merecedoras del premio Ejército 2013 por este libro, galardón que se suma al conjunto de méritos que el profesor Moral Roncal ha acumulado en su carrera desde el momento de obtener el Premio Extraordinario de Licenciatura en 1994 y conseguir por dos veces el Premio Campomanes de Investigación (1990 y 1992), así como el premio Larramendi sobre carlismo (1999), lo que ya adelanta que es un gran conocedor de la historia del siglo XIX español, si bien su obra no se detiene ahí.

Por mi parte, siempre me llamó la atención este singular personaje sobre el que no existía una biografía completa ni actualizada. Nuestro protagonista es conocido popularmente por la estatua ecuestre que rige la actual plaza del doctor Marañón, en el eje de la Castellana con José Abascal y María de Molina a ambos lados de la

citada vía. La escultura fue realizada por Aleu y Teixedor, en actitud de dirigir sus tropas, acompañado de los grabados de Pablo Gilbert y Roig en las paredes del pedestal, que describe en un lado el momento en que sus ayudantes descabalgan el cuerpo de su jefe recién muerto en los campos de Abárzuza el 27 de junio de 1874, nada más ser alcanzado mortalmente; el otro lado refleja el mayor éxito de su carrera, el momento de la entrada del general el 27 de junio de 1847 en Oporto en apoyo de los constitucionalistas portugueses y de la reina María de la Gloria. Todo el conjunto escultórico data de 1885.

La otra obra, llena de dramatismo, es el famoso cuadro de Joaquín Agrassot (1884) sito en el Palacio del Senado, donde se ve igualmente al general en el momento de ser abatido por la bala que le penetró en el corazón. Don Manuel Gutiérrez de la Concha descendía de una histórica dinastía de militares y protagonizó uno de los episodios de mayor lealtad hacia su patria y su reina, defendió un liberalismo templado frente a los exaltados. El padre, Juan Antonio Gutiérrez de la Concha y Mazón de Güermes, participó en la reconquista de las antiguas colonias españolas de Santa Catalina y Sacramento (1776), escoltando la expedición del general Cevallos, luego sirvió bajos las ordenes del general Luis de Córdova en una incursión en el Canal de la Mancha; en el encuentro de Argel en 1783 y 1784 sirvió bajo las ordenes de Antonio Barceló. Entre 1789-94 dio la

vuelta al mundo abordo de La Descubierta seguida de La Atrevida a cargo de Alejandro Malaspina y de José Joaquín de Bustamante. Brigadier general de la Armada, defendió con Liniers Buenos Aires y Montevideo de los ataques británicos en 1806 y 1807, gobernador de la provincia de Tucumán en el virreinato de la Plata, fue ejecutado por los insurgentes del cabildo bonaerense en el Monte de los Papagayos en 1810. Esta vida ejemplar de militar español sería heredada por sus hijos. Su viuda Petra de Irigoyen pasaría a la Península con sus cuatro hijos en 1814: Carmen, Juan, José y Manuel. Carmen (1810-1890) casaría con José María Gispert, diputado, senador y gobernador de distintas provincias hasta 1852 en que quedó viuda. Su relación con Manuel fue totalmente fraternal ayudándole económicamente en sus exilios políticos y en su proyecto de fundación de la colonia de San Pedro de Alcántara. Todos los varones alcanzarían importantes cargos de responsabilidad. Juan (1809-1877) fue embajador en Londres, Berlín y Atenas. José (1809-1894) también forjaría una espléndida carrera político-militar, inició su carrera política como diputado a Cortes por el distrito de Logroño en 1845, pasó de brigadier a teniente general y capitán general de las Provincias Vascongadas, bajo Narváez sofocó una rebelión anti-moderada en Galicia de 1846, siendo vicepresidente del Congreso de los Diputados en 1847. José fue ministro interino de Ultramar y de Marina en 1864 y mi-

nistro de la Guerra en 1865, así como el último presidente del Consejo de Ministros en el reinado de Isabel II, además de ministro de la Guerra e interino de Marina en los momentos previos a la revolución de septiembre de 1868, lo que le supuso el exilio durante el Sexenio Revolucionario. Después del golpe del general Pavía, duque de Alburquerque, capitán general de Madrid, que puso fin a la desastrosa I República, se reintegró a la vida política y en 1877 fue nombrado senador vitalicio.

José cerró su carrera política dentro del partido fusionista llegando a ser presidente del Senado en dos ocasiones (1881-1883 y 1886), llegaría a ser capitán general de Cuba en 1850 y en 1854, consiguiendo el título de marqués de la Habana. De hecho, su vida discurriría paralela a la de su hermano Manuel. Manuel Gutiérrez de la Concha nació en Córdoba de Tucumán (Provincia de Buenos Aires) el 3 de abril de 1808, a un mes del alzamiento contra el francés en Madrid. Manuel sentó plaza de alférez con solo 12 años en el Iº Regimiento de Reales Guardias en 1820. En octubre de 1833, al iniciarse la Primera Guerra Carlista o de Los siete años (1833-40) (capítulo I, p. 11-71) era teniente y ascendería por méritos de guerra con enorme celeridad, pues era capitán en 1834, comandante en 1837, en 1838 coronel, en 1839 brigadier, en 1840 mariscal de campo. Manuel participó en las acciones de 1834 en Huesa, Ezaburu, Sodupe, Buceña, Cenaruz, Zaraga, Oñate, las Amezcoas, Artaza,

Mendoza, Puente de Arquitas frente a Zumalacárregui, en 1835 participo en Orbiso, Ormaiztegui, Eraso, Mendigorria, Larraga, Echarri Aranaz, en las dos acciones sobre Arlaban de 1836 o en la defensa de Peñacerrada. En 1837, por su valor y energía en la arriesgada toma de Urnieta, cuando los carlistas se dirigían sobre Madrid, se ganó el cargo de teniente coronel de Infantería; oficial de Estado Mayor con Narváez, se ganó la admiración y la amistad de la “primera lanza de la reina”, Diego de León, en la acción del río Arga y luego en Braza, Sesma y Arroniz, ya en 1838. En 1839 contribuyó a pacificar Castilla la Nueva, pero el acontecimiento de mayor trascendencia se produce el 15 de junio de 1840, con la batalla de Olmedilla, donde ganó la Gran Cruz Laureada de San Fernando, la segunda de las nueve que conseguiría junto a las de segunda clase, así como el voto del Congreso por el hecho de armas que culminaría con la expulsión de los carlistas de Guadalajara, Cuenca y Soria.

El que sería primer marqués del Duero fue herido varias veces, demostró pericia, valor y energía a la par que generosidad y humanidad al frente de sus unidades, tratando de ahorrar vidas para sí e incluso respecto del enemigo, ganándose el afecto de sus superiores. Unido en principio a Espartero, conde de Luchana y Príncipe de Vergara, el caudillo de la causa liberal, pronto su hermano José y él mismo pudieron comprobar la auténtica naturaleza de la regencia

esparterista (capítulo II, p. 71-101). En 1841 al frente de Juan de la Pezuela, Diego de León, gran amigo suyo, y otros generales quisieron dar un golpe de mano, al que se sumó el mismo general Concha, con el fin de proteger a la reina niña, desvalida y separada de su madre (María Cristina, la ex-regente estaba en París), de la tutela de Agustín Arguelles; pero el plan fracasó y el coronel Dulce, jefe de los alabarderos de palacio, se bastó para vencer a las fuerzas que quisieron hacerse con la reina niña.

Acusados de rebelión militar y traición al estado, Pezuela pudo salvarse, no así Diego de León: muy confiado de su prestigio social, no pensó en el odio personal que le tenía el regente, celoso de su popularidad, y tras entregarse fue juzgado y fusilado a pesar de las múltiples peticiones de clemencia. Concha se cobijó en casa de una familia amiga, luego huyó a Oporto con ayuda económica de su hermana para acabar en Florencia, donde vivió con su familia. Aunque no gustaba ostentar cargos políticos, demostrando prudencia frente a las ambiciones e incluso exigencias de la mentalidad romántica de la época. Pero, sobre todo, supo mostrar mesura en sus inclinaciones. Conspiró contra Espartero cuando este hacia gala de su ineptitud como regente, al venderse a los intereses británicos y prodigar la prevaricación o el amiguismo entre los ayacuchos, valiéndole la enemistad de los sectores progresistas que en principio le habían apoyado, así como de los

grupos moderados. Nunca fue un espadón en el sentido tradicional, al menos en el sentido en que Jesús Pabón consideraba a la mayoría de los generales cuartereros (véase aquí la Introducción, que el autor titula “Lo que no fue el general Concha”, p. 7-10), si bien esta imagen, según Fernández de Bastarreche, se atribuye sobre todo a la literatura histórica de un Pérez Galdós, un Baroja o un Valle-Inclán, opinión que apoya Antonio Moral dentro de esta revisión del género biográfico para exonerar esta imagen del militar español a fecha de hoy. Aquí hay algo importante que destacar. Baroja exponía que si el militar o el sacerdote eran toscos o brutos era porque el pueblo español lo era en general, dado que el militar como el sacerdote no son ajenos a la nación a la que sirven y pertenecen en lo bueno y en lo malo. No es una opinión por desgracia, sabida es nuestra imagen de pueblo cafre, cerril, cainita, analfabeto en el siglo XIX hasta la guerra civil del 36. No es este el momento de debatir la imagen, fuera incluso de la leyenda negra, pero no son afirmaciones gratuitas, dado que la literatura tiene esa función, sobre todo si se basa en documentos como hacían Pérez Galdós o Pío Baroja, que además conocieron a los personajes que describen, del mismo modo que existen excepciones. Este aporte psicológico o sociológico es significativo y no debe faltar en el análisis histórico, que muchas veces se limita a copiar de un archivo sin dar ninguna deducción o in-

terpretación. Sin embargo, Manuel Gutiérrez era un hombre culto, de tendencias intelectuales, reformador, además de ser un buen táctico en el campo de batalla y no era un oportunista en política como la mayoría de los políticos y militares. Don Manuel prefería los cargos militares a los políticos, si bien se presentó dos veces a senador (1845-1850, 1871) y otra a diputado por Cádiz (1843) y su hermano era vicepresidente del Congreso de los diputados.

El profesor Moral Roncal trata de paso de rehabilitar la imagen con que se ha ofrecido al espadón de Loja, aunque deja un poco al margen el papel de alguien tan relevante como Juan Bravo Murillo (según analizaron Alfonso Bullón de Mendoza, padre, 1950; José Luis Comellas, 1972; Juan Pro Ruiz, 2006). Don Juan Bravo fue un hombre clave, partidario del orden que osciló entre el conservadurismo y el progresismo moderado, participando en el Concordato de 1851, la redacción de la Constitución *non nata* de 1856 o la traída de aguas desde el río Lozoya a Madrid en 1858. El hecho coincidió con la inauguración de la calle ancha de San Bernardo. Narváez había formado un Consejo Supremo de la Orden Militar española en 1842, una especie de sociedad secreta en apoyo de la causa moderada, hacia la que Manuel se inclinó cada vez más, y llegó a colaborar en el derrocamiento de Espartero. Tras las jornadas de Torrejón de Ardoz del 22 de julio de 1843, Espartero tuvo que huir de Sevilla a

Cádiz, iniciándose la década moderada. Para 1843 Manuel Gutiérrez de la Concha era ya teniente general, en 1845 sustituía al general Lacy, marqués de Novaliches, como capitán general de Cataluña. Tras serlo de Castilla la Vieja brevemente en 1847, volvió a la capitanía general de Cataluña cuando estalló la guerra de los *Matiners*. Allí alternó el mando entre 1847 y 1848 con Fernández de Córdoba, para ser sustituido por Ramón de la Rocha al que, a su vez, sustituyó con carácter interino en 1854. Por último, fue definitivamente relevado en la capitanía general por el general Dulce. Son años de actividad intensa, dado que se le designa para dirigir la expedición que ayudó a acceder al trono a doña María de la Gloria entre 1847-1848 (María II), dentro de la precaria situación política que vivía el país luso tras la rebelión de Oporto (1820) y las Guerras *liberais* 1828-1834 entre los partidarios de Don Miguel I y los de Juan VI, legitimistas y constitucionalistas respectivamente que habían contribuido al enfrentamiento entre *vinistas* (defensora de la soberanía nacional, equivalente a los progresistas y demócratas españoles) y *cartistas* (partidarios de la constitución y la monarquía moderada, que compartía la soberanía) similar a la Constitución de 1845 vigente en España, respectivamente. Si bien estas dos facciones eran liberales, contribuían a complicar la situación dinástica, un fenómeno que amenazaba con la continuación de la guerra civil y que atrajo el interés internacional,

en virtud de los acuerdos de la cuádruple alianza de 1834 entre España, Portugal, Francia y la Gran Bretaña, renovada por el gabinete Istúriz promotor de la expedición. Así es como se ayudó a la opción *cartista* dirigida por Costa Cabral, cuyas simpatías por Narváez eran conocidas, y Saldaña, mientras se vencían los últimos reductos miguelistas en Torres Vedras y los *vinistas* eran neutralizados.

Concha, por su parte, como Jefe del Ejército expedicionario entró en Oporto el 27 de junio, mientras las fuerzas españolas de Norzagaray, capitán general de Extremadura, entraban en Braga, Elvas y Portoalegre en medio de aclamaciones populares. María II era entronizada y la monarquía pudo recuperar su estabilidad hasta la crisis de fin de siglo y su deposición en 1910. Especial relevancia tuvo su participación en la pacificación de la Segunda Guerra Carlista en Cataluña (capítulo IV). La hazaña le valió el título de marqués del Duero. A pesar de que Carlos VI, conde de Montemolín, quiso sublevar a su favor toda España, fue Cataluña donde más apoyo recibió, destacándose en el nuevo conflicto Mosen Benet o Benito Tristany, que ejecutado, fue seguido por sus sobrinos en la guerra, junto a Bruno Villarreal que dimitió ante la falta de recursos y apoyos civiles, siendo sustituido por Elío.

Pero esta vez no hubo raíces suficientes ni carisma por el nuevo pretendiente. Alzáa fracasó en Navarra, Gómez fracasó en Andalucía y en las dos Castillas o Extramadura no había

suficiente apoyo con partidas dispersas. En Cataluña, a pesar de la rai-gambre mayor que tuvo el carlismo, Concha como buen organizador supo ganarse el apoyo civil y sus columnas crecían en número de 23 a 77, asegurando la confianza de Vich, Mayals, Granollers, Berga, Manresa, Alega, Sampedor, Caldero, mientras los jefes rebeldes carecían de municiones y dinero. El recrudecimiento de la guerra fue motivado por la llegada de Ramón Cabrera el 2 de junio de 1848, Martorell y Gracia cayeron, pero los éxitos carlistas no tenían eco.

1848, el año de “las tormentas” que describe Pérez Galdós en relación a los ecos revolucionarios europeos, que llegan tardíamente a España. No obstante, aquel fue un año de estancamiento para una guerra perdida de antemano para los carlistas. A principios de enero Cabrera fue herido sin importancia, pero fue obligado a abandonar el campo momentáneamente. El 18 de mayo de 1849 Rafael Tristany rebasaba la frontera y acababa oficialmente la Segunda Guerra Carlista, si bien hubo otros conatos como el desembarco en San Carlos de la Rápita (1860). Los años 50 y 60 fueron muy prolíficos en el desarrollo de una serie de actividades económico-empresariales, que tendrían un notable sello regeneracionista en los albores de este movimiento, al estudiar las especies de caña de azúcar y de remolacha azucarera que pudieran ser plantados para su explotación en tierras de Andalucía en función del clima y del

tipo de suelo, al tiempo que trataba de modificar, racionalizar y extender el sistema de regadío para fomentar cultivos que dieran beneficios y modernizara la atrasada economía nacional y poder invertir en una futura industrialización, generar puestos de trabajo.

A ese efecto trató de analizar los tipos de suelo y crear una colonia sobre la base de sus extensas propiedades, que dio el nombre de San Pedro de Alcántara en Málaga (véase capítulo V, p 179-195). Como señala Antonio Moral, su preocupación intelectual no se reducía a estas actividades civiles, el general Concha como amante de su profesión trató de divulgar no solo la cultura militar, por lo que colocó las bases de un Casino o Centro de Cultura militar en Barcelona (capítulo VI, p. 215-230) y el Ateneo Militar de Madrid (p. 231-235), que tras su sustitución en la capitanía por el general Bretón quedó truncado. El proyecto incluía clases de táctica, matemáticas, un gimnasio, sala de esgrima y biblioteca. Igualmente trató de crear una biblioteca militar, coleccionando libros en castellano pero también y traducciones del ruso Okoneff o del alemán Müller, al margen del predominio francés, ofreciendo una mayor pluralidad. Concha engrosó esa biblioteca con ejemplares como el *Diccionario Militar* de José Almirante o *Las Nociones de Arte Militar* de Francisco Villamartín. Manuel iría sumando sus obras como su *Proyecto de Táctica de las Tres armas* (1852)

en *La Táctica para las tres armas* en 2 volúmenes, sus colaboraciones en la *Revista Militar*, sus apuntes e instrucciones sobre la guerrilla o la infantería y la sustitución del *Reglamento del arma de infantería* de 1791 por el de 1850. El marqués del Duero también destacó por su preocupación social, como harían Fernando Primo de Rivera y sobre todo el que sería dictador Miguel Primo de Rivera. Gutiérrez de la Concha trató de analizar como modificar la caja de redención y enganche de tropas y tratar de eliminar ciertos abusos, apoyó la subida de sueldos, la creación de partidas presupuestarias desde una administración saneada, fomentó la creación de la Guardia Civil, la concesión de permisos de larga duración a los soldados, la racionalización del ejército, ya que existía un problema de desproporción entre el número de jefes y oficiales respecto del de la tropa (1845, p. 96-100, y 1851, p. 183-198). Así mismo, al igual que su hermano trató de sanear la administración militar en Cuba. Si bien no pudo concretar muchos de estos deseos, dada la oposición entre cuerpos privilegiados como el de caballería o artillería. En política, estuvo inclinado siempre hacia soluciones tolerantes y moderadas, participó en el advenimiento de la Unión Liberal, buscando un medio de entendimiento entre Narváez y luego con O'Donnell, con el que colaboró tras el retiro definitivo de Espartero de la política en 1856. El marqués del Duero, al parecer, no participó (Fer-

nández Bastarache asegura lo contrario) en la represión del levantamiento del Cuartel de San Gil el 22 de junio de 1866, como sí hicieron O'Donnell, Narváez, Serrano, Zavala e Isidoro de Hoyos.

Traicionados por los propios conjurados, lo cierto es que bajo el pelotón de fusilamiento cayeron 66 cabos, sargentos, soldados, un civil y un carlista tras ser juzgados de forma sumaria. Antonio Moral omite la participación del general Concha en estos sucesos. El Sexenio revolucionario le mantuvo en una especie de exilio pactado en las Provincias Vascongadas, que no cumplió de forma estricta para permanecer en Madrid. En 1871 quedó viudo y, al margen de la política, su hermano José se exilió al sur de Francia. Cuando sobrevino la Tercera Guerra Carlista fruto de la debilidad y el desconcierto que conllevaron la monarquía de Amadeo I y la I República, Don Manuel no dudó en ofrecer su espada a la causa de la unidad de España y hacia el nuevo rey.

De manera que, mientras en Cuba se lanzaba el grito de Yara (1868), los carlistas volvían a levantarse en Vascongadas, Navarra, Cataluña, Aragón y Levante fundamentalmente, pero hubo partidas en Galicia, Castilla la Vieja entre otros lugares con hombres como Dorregaray, general en jefe de los Ejércitos del Norte, Tristany, Savalls, Cucala o Santa Cruz. Tras las primeras insurrecciones el general Serrano, duque de la Torre, logró el convenio de

Amorebieta, pero fue una mera leva de armas. Lo cierto es que los ejércitos republicanos y luego liberales mal organizados perdieron posiciones, como en Santa Bárbara de Mañeru y Montejurra. En Cataluña, el brigadier Cabrinety perdió la vida en Alpens y los carlistas tomaron también Ripoll y Berga, lo que obligó al general Concha a redactar un *Memorandum* sobre el estado del ejército, aludiendo a nuevas reformas para recobrar la unidad y la disciplina.

Los legitimistas, sobre todo en Navarra, estaban bien organizados y llegaron a acuñar moneda propia en un estado carlista. 1873 fue un año de suerte muy varia: los gubernamentales consiguieron en Santa Cruz de Nogueras una victoria parcial, lo mismo que Weyler en el Maestrazgo, en Ares de Mestre, pero tuvo que levantar el sitio de Morella. Los carlistas tomaron Cuenca y consiguieron cercar Bilbao, apoderándose de Luchana, Portugaleta, Desierto, pero el sitio volvió a enquistarse tras los combates de Somorrostro y San Pedro de Abanto. La situación política se deterioraba. En la madrugada del 2 al 3 de enero, el general Pavía, capitán general de Madrid, clausuraba las Cortes con la entrada del ejército y la guardia civil en medio del proceso de investidura de Emilio Castelar, amenazado con una intentona de Pi y Margall. Solo quedaba la opción de la dictadura del general Serrano o la más firme apuesta por la restauración encarnada en Alfonso XII de Borbón y

Cánovas. Al final, tras la victoria de las Muñecas, las tropas de Concha se unieron a las de Serrano y entraron en Bilbao el 2 de mayo de 1874, pero quedaba por controlar Navarra y Cataluña.

Don Manuel Concha señaló la toma de Estella como vital para la causa liberal y nombrado jefe del tercer ejército del norte se encaminó hacia su destino, cuando en un reconocimiento del terreno el general recibió la bala que acabó con su vida el aquel aciago 27 de junio de 1874. De haber vivido, hubiera sido él el destinado a proclamar a Don Alfonso XII como rey de España, pero sería un subordinado suyo, el general Arsenio Martínez Campos, quien lo proclamó, al frente de la brigada Dabán, en Las Alquerietas (Sagunto), el 29 de diciembre de 1874. Un año y medio después Don Carlos VII volvía derrotado a Francia. Con esta biografía, algo abigarrada en sus primeras páginas, pero luego trepidante hasta involucrar al lector en los avatares del personaje, se culmina con éxito un antiguo proyecto empezado en la Universidad Complutense a cargo de los profesores Estíbaliz Ruiz de Azua y José Secundino Gutiérrez a fines de los ochenta del siglo pasado. Su lectura es altamente recomendable y demuestra que no hay que ser progresista para tener ideas modernizadoras y reformistas, además de tener presente los valores de lealtad, amor y deber por España.

FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ MARTÍN